

Carlos Pereyra

Gerontofobia y efebocracia



Un futuro legislador de una futura república—no sé si de Centro América o de la Polinesia—, anuncia entre sus planes de reforma el rejuvenecimiento de la sociedad. Así como actualmente el servicio militar deja fuera de cuadro a los hombres de más de cuarenta y cinco años, el servicio civil de la futura república pondrá en el registro de los ciudadanos inútiles a todos los que cumplan cincuenta. Nadie quedará exento de la vejez, declarada en fecha fija. Las leyes de bronce de este regenerador impedirán que el ejercicio del poder se entregue a manos débiles. Todos los hombres que hayan llegado a una edad avanzada, tendrán a lo sumo el privilegio «de conservar las prácticas y las leyes viejas». Ellos serán los depositarios de los errores oficiales. A su cargo correrá el departamento de los antiguos prejuicios.

Estas disposiciones no se han escrito en el aire. Corresponden a un sentimiento generalizado que no es inútil examinar. ¿En qué consiste la vejez? ¿Cómo se manifiesta? ¿A qué edad comienza? ¿Cuál ha de ser la

intervención del poder público en el problema que plantea el fenómeno natural del paso sucesivo de las generaciones? ¿La vejez puede asimilarse a la categoría de los vicios y de los crímenes?

Una de las teorías que ha tenido más aceptación entre los que explican la senilidad, nos dice que ésta resulta de una lucha orgánica en la que sucumben los tejidos nobles a expensas de los menos diferenciados. La involución avanza, y con ella se acentúa el cuadro sintomático, demasiado conocido, de la decadencia. Disminuyen el peso y la estatura del individuo, el pulso tiembla, la vista y el oído pierden su agudeza, asoman las canas, aumenta la calvicie, la piel apergaminada presenta surcos imborrables: «*hic est vetus, vietus, veterosus senex...*» Es una enfermedad, «una intoxicación crónica del organismo por los productos de la desasimilación». Metchnikoff interviene, y habla de los funestos macrófagos, seres misteriosos que forman todo un ejército compuesto de unidades móviles y fijas—guardia territorial y cuerpos de operaciones—, y que mandados por Saturno, llevan la atrofía a las arterias, al corazón, al hígado, a los riñones, a la médula y al cerebro.

El futuro legislador tendrá razón según estas y otras muchas cosas que hallo en libros acabados de salir de las prensas.

Se justificarían las leyes de bronce. La vejez representa el atraso.

¿Pero cuándo viene esta invasión paralizante?

No hay término fijo. La media varía de clima a clima, de raza a raza, de pueblo a pueblo, de clase a clase. Y aun de individuo a individuo, entre hermanos que mamaron la misma leche y que se educaron con igual disciplina, las diferencias son considerables.

¿Por qué?

En su libro de «La vejez y la muerte». Scott asigna a la mentalidad superior el atributo de la longevidad. Y ésta sería una maldición si no la acompañase una prolongación de actividades. El proceso, interpretado como netamente selectivo, presta fuerzas al cuerpo social.

Siendo esto así, una colectividad no sufre a causa de la influencia de los hombres provecos, sino cuando a la vez son imbéciles, como no gana viéndose gobernada por jóvenes, si éstos carecen de superioridad. La efebocracia petulante no ha dado ninguna prueba que la ponga sobre el nivel de la trémula gerontocracia. Tal para cual.

La excelencia no resulta de un hecho aislado, como es el de los años del que manda, del que pinta, del que compone, del que novela o del que investiga, sino del número de hombres capaces de originalidad, superiores a fórmulas, viejas o nuevas. Y depende asimismo de la libertad que tienen esos hombres para sus creaciones. Unas veces la iniciativa corresponde a la mocedad, y otras a la madurez. Pero esto se entiende hablando de los individuos y no de las masas, pues ellas, cualquiera que sea su edad, pro-

ceden imitativamente. Si es una buena plana que se les dió a copiar, resultará una generación discreta; mal modelo, letra ilegible. Al árbol se le conoce por el fruto, y al maestro por lo que aprovecha el discípulo. Cuando se habla de «las juventudes», hay que buscar la marca de fábrica. Otro tanto se diría de «las senectudes» si para ellas hubiera la misma bárbara pluralización. Pero como están desmovilizadas, nadie las aprovecha como órganos de agresión, y no se les inventan virtudes, atribuyéndoles lo que nunca pensaron por su cuenta.

En arte no hay mozos ni viejos. Hay perfección. Cuando Fromentin se acerca al San Jorge de Rubens, y ve al pintor en ese autorretrato, con armadura de acero y plata, poniendo sobre el dragón un pie calzado de hierro, el Rubens que admira tiene de cincuenta y seis a cincuenta y ocho años. Y Fromentin se pregunta si Rubens había hecho hasta entonces algo más perfecto o algo tan perfecto como ese cuadro. «Treinta y cinco años han transcurrido—dice Fromentin—entre la Trinidad que está en el Museo de Amberes, y el San Jorge. ¿Cuál es el más joven de estos dos cuadros? ¿En qué momento tenía Rubens más llama, un amor más vivo para todas las cosas, más flexibilidad en todos los órganos de su genio? Aquel hombre había trabajado con esfuerzos de coloso, y descansaba creando mundos», como observa Taine. No conoció la fatiga. Murió a los sesenta y tres años, en pleno vigor.

Rembrandt sufre a los cincuenta años una crisis. Está arruinado. Se retira a vivir oscuramente en el canal de las Rosas. Y sin embargo, ese hombre, socialmente abatido, hace el retrato del burgomaestre Six, que es un portento. Cinco años después del terrible desastre, firma su obra definitiva: los ¡SÍNDICOS!

Vinci murió a los sesenta y siete años. La Gioconda fué terminada cuando contaba cincuenta y tres. El San Juan, una de las últimas obras del maestro, tiene el mérito de la técnica insuperable. Ningún cuadro puede justificar como éste el pensamiento del prodigioso artista: La Pittura e cosa mentale.

Fra Angélico murió a los sesenta y ocho años. Giotto, a los ochenta. Donatello, también a los ochenta. Frans Hals, a los ochenta y seis. Miguel Angel, a los ochenta y nueve. Tiziano, a los noventa y nueve. Un viejo se debilita. Le falta el discernimiento. La voluntad cede al capricho. Miguel Angel se mostró cada día más inexorable en la crítica de sus creaciones. Vasari explica el hecho diciendo que los adelantos del artista eran continuos, y su crítica tan severa que no terminaba las obras. El misterio las domina. La vejez del Tiziano tiene algo de milagroso. El artista acentúa su sentido pagano de la realidad, tumultuosa y brillante. Aretino, que pide a Miguel Angel uno de sus croquis, para admirarlo durante toda la vida y llevárselo al sepulcro, contempla un paisaje, gritando: ¡Tiziano! ¿En dónde estáis?

Tiziano murió arrebatado al arte por la peste, con el pincel en la mano.

La temprana desaparición de Mozart, a los treinta y cinco años, y la de Chopin, a los cuarenta, nada prueban contra lo que estos dos genios de la música hubieran hecho en una ascensión continua. Rossini murió a los setenta y seis años. A los veinticuatro compuso el Barbero de Sevilla, pero pasaba de los setenta cuando escribió la misa cantada en sus funerales. Meyerbeer vivió setenta y tres años. Verdi, ochenta y ocho. Falstaff, su última ópera, es la de contextura más acabada. Wagner llevaba sobre los hombros, después de cumplir los setenta años, todo el peso de la Tetralogía y del Parsifal.

Beethoven murió a los cincuenta y siete años. Alguien se ha atrevido a pronunciar la palabra decadencia, hablando del último período de aquel genio entre los genios. Parece que Berlioz, Schumann y Wagner no fueron de esta opinión. Y con ellos podemos estar seguros de no errar.

En las letras hay nombres que todo lo dicen. Sófocles, Platón, Goethe y Víctor Hugo son casos de longevidad que enseñan a quien sabe darse cuenta de los hechos. El curioso dominio que los viejos ejercen sobre las juventudes no se funda siempre en las cualidades, sino en los defectos. Víctor Hugo, el poeta de los Cantos del crepúsculo y las Hojas de otoño, no era el favorito de los jóvenes; tenían por ídolo al declamador pseudo-filósofo, especialista en lapi-

darias necesidades. El amor es la salutación de los ángeles a los astros. Esto volvió locos a todos los vacíos de cascos.

Las dictaduras se suceden. Duran más o menos. Pirandello salió un día de la obscuridad no por los méritos, que indudablemente posee, sino por las flaquezas de su ingenio. La tiranía intelectual, abolición de toda crítica, se ve más ostensiblemente en las ciencias que no pasan del período de formación. Muchas inocentes criaturas, con la leche en los labios, creen de una audacia sin ejemplo figurar entre los discípulos de Freud, a la hora en que Freud, despellejado vivo por la crítica, va pasando de moda. Ignoran que tres cuartas partes de Freud son ajenas, y que el resto está en tela de juicio.

Pasteur, grande hombre, auténtico, es uno de los ejemplos más brillantes de juventud rebelde. Tenía treinta y cinco años cuando condujo el asalto contra la posición que amparaban los pabellones de Liebig, hombre de cincuenta y cuatro, Mitscherlich, de sesenta y tres, y Berzelius que había muerto cuatro años antes. La tesis de la fermentación, como fenómeno correlativo de la vida, quedó triunfante. Pero es de notar que ni Berzelius, ni Mitscherlich, ni Liebig pierden el rango que les corresponde por el valor permanente de las adquisiciones que a cada uno de ellos debe la ciencia, como Pasteur nada perdió cuando más tarde se encontró que el mundo mineral presenta las propiedades y atributos de los fermentos orgánicos.

Y así, los que aplaudían entonces, como siempre,

ignoraban si su entusiasmo era el saludo a una verdad sólidamente establecida o a una de esas verdades transitorias que forman el andamiaje provisional de las construcciones científicas.

¿Hay historia más novelesca que la del dogma de la tercera circunvolución frontal izquierda de Broca? Sólo una podría igualarla, y es la del reinado de Charcot en la Salpêtrière.

La localización de Broca se hizo en 1861. El nuevo pontífice contaba treinta y siete años, pues Broca murió en 1880, a los cincuenta y seis. Su obra era combatida tenazmente, pero tuvo un padrino. Charcot la sacó indemne de los anfiteatros. El y Pitres presentaban doscientas autopsias confirmatorias. El dogma fué más bien obra de Charcot que de Broca. Charcot imperaba con la autoridad más irresistible que se haya conocido en una república intelectual. Tenía una elocuencia y un acento de dominador. Era, por otra parte, un hombre que se seducía por el encanto de lo que un discípulo suyo llamaba el pitianismo, o sea el don de persuadir. En sus vacaciones leía a Horacio. Conocía profundamente las obras de Shakespeare. Sus comentarios a Montaigne, hechos con palabra fulgurante, le atraían muchos oyentes. Orador, actor, director de escena y empresario, abrió en París el Teatro de la Grande Histeria. Jugó con los estudiantes, con los maestros, con la Facultad, con París, con Francia y con el mundo entero. Hubo toda una literatura consagrada a narrar los pro-

digios de la Salpêtrière. Cuando el maestro murió, en 1893, contaba sesenta y ocho años.

El culto continuaba, alimentado por los fieles. Uno de ellos era Pierre Marie: otro, Joseph Babinski. Los dos, discípulos de primera fila, habían contribuído a elevar el edificio, siendo de los más solícitos en el acopio de materiales y en la colocación que ordenaba el maestro. Pero Marie comenzó a pensar por cuenta propia, enfrió su entusiasmo de secuaz, y en 1906, cumplidos los cincuenta y tres años, negó abiertamente las proposiciones de Charcot sobre la localización del lenguaje. La sordera verbal y la afasia huyeron del alojamiento que se les había dado. El profesor Herveroch, de Praga, decía con palabra gemebunda en un congreso internacional reunido poco antes de la guerra: «Desde hace cincuenta años estudiamos y discutimos la afasia, sin que por esto la cuestión se aclare».

Mientras tanto, Babinski llevaba la revolución al dominio de las neurosis. Más que una transformación de ideas, hubo un cambio de teatro, de repertorio y de elenco. Las actrices letárgicas, las catalépticas y las sonámbulas de la Salpêtrière se eclipsaron.

Este fué el fin de dos de las sugerencias más famosas de la historia, en las que los jóvenes de entonces, viejos ahora, hicieron el papel de plebes abyectas.

Aquí expondría, si no lo hiciese en otra parte, el episodio de la resurrección de Marx. Muerto en 1883, a los sesenta y cinco años de edad, el terrible polemista había suspendido su obra. Durante los últimos tiempos

le llegaron rumores o noticias directas de las aplicaciones matemáticas a la economía política, hechas por Cornot y Gossen. Se enteró, asimismo, de las teorías de la utilidad formuladas por Walras y Menger. Pero, según parece, lo que más le impresionó fué la Teoría General Matemática de la economía política, o alguno de los materiales que publicó Stanley Jevons. Si Marx hubiera vivido más, acaso él mismo se habría encargado de refutar sus propios errores sobre la teoría del valor. Pero no fué así. Las generaciones de discípulos se sucedían. Una de ellas, llena de vigor juvenil, hizo la Revolución Rusa—que era, por otra parte, inevitable—llevando a la nueva dogmática oficial un sistema que probablemente no habría sido el que conocemos, si Marx, en vez de morir a los sesenta y cinco años, hubiera muerto a los setenta y cinco o a los ochenta, dejando críticas penetrantes del Manifiesto comunista y del Capital. Como quiera que sea, la juventud revolucionaria rusa, y no rusa, vivía en 1918, y vive en 1934, de la herencia que le dejó un hombre nacido en 1818. Esta no es, por cierto, la manera más persuasiva de afirmar la independencia de las generaciones, sino de comprobar la inercia juvenil.

Madrid, 1934.